L

os programas académicos en contabilidad siguen destacando los conocimientos e ignorando las habilidades y actitudes para obtener competencias. En aquellos tiempos en los cuales había que aprender en el trabajo, mediante la observación del maestro, la concientización sobre lo visto y su puesta en práctica bajo la mirada vigilante del profesor, las habilidades y actitudes eran muy importantes al punto de que si un estudiante no se comportaba como un profesional de poco valía que supiera muchas cosas.

El ejemplo es una poderosísima forma de enseñar. Lamentablemente el mal ejemplo es contagioso.

Esa disyuntiva es especialmente delicada tratándose de la ética. Hoy en día hay contadores que consideran que uno debe observar los principios éticos, pero no al 100%. Cuando en una firma se explota a las personas, sobrecargándolas de tarea, de ahí para adelante las cosas ya no forman, sino que deforman. Hay muchos discursos que parece no son ciertos en la realidad, al menos según dicen varios antiguos empleados.

El dinero se ha posicionado como el objetivo y como la recompensa. Venda mucho y tendrá un buen bono. La calidad no es la nota principal. Mucho menos la satisfacción de los empleados.

Convertimos la contaduría, tanto en su modo de preparación de información como de aseguramiento de ésta, en una actividad peligrosa porque en lugar de revelar todo lo que haya a lugar, tenemos que negociar qué vamos a hacer para que los clientes no se pongan bravos y las autoridades estén de acuerdo o no se den cuenta.

Estos valores que no se siembran con la debida fuerza en el pregrado, son relativizados rápidamente por los jefes, llámense dueños, socios, gerentes o supervisores. Unos a otros, de arriba abajo, se transmiten los verdaderos valores organizacionales. A buen entendedor pocas palabras. Pueden darse muchos cursos. Pero la divulgación de los indicadores de desempeño, que regirán la suerte de los empleados en las empresas, nos dirá en verdad qué se aprecia y de qué manera.

Hoy en día hay habilidades de las que carecen muchos de los que ya son profesionales. Por ejemplo, el arte de escribir y el de hablar. Muchísimos profesionales tienen hermosa letra, pero ella ya no se usa. En cambio, a la hora de hacer memorandos o cartas de control interno o dictámenes, para lo que somos buenos es para copiar, incluso las inadecuadas traducciones. Resulta que uno escribe o habla según piensa. Hay que leer y discutir para desarrollar las habilidades del pensamiento y así aumentar la habilidad de expresión.

En estos días un contador fue acusado de acosar a un proveedor por razón de las preguntas verbales que le hizo. Si interrogar, un procedimiento básico de las auditorías es una forma de acosar, no se prestarían servicios de aseguramiento. Debemos, entonces, recordar el célebre personaje de Agatha Christie, Hércules Poirot.

*Hernando Bermúdez Gómez*